

¿PODEMOS TENER POLITICA EXTERIOR?

Una de las fallas más persistentes de nuestras instituciones democráticas parece ser la de su incapacidad para elaborar y ejecutar una política exterior claramente delineada y mínimamente exitosa. En efecto, habría que reconocer que, salvo atisbos aislados en uno que otro período gubernamental, la mayor parte de los aspectos de las relaciones exteriores de nuestro país muestran un balance de una precariedad realmente decepcionante y cada vez más irritante. Allí están las persistentes y demostradas fallas de nuestro servicio exterior, los altibajos en el funcionamiento organizativo de la cancillería, etc.

Pero éstos no son sino consecuencias de unas carencias mucho más importantes: las que aquejan al nivel de formulación de políticas y toma de decisiones. No ha habido la capacidad hasta el momento de definir unas prioridades claras y de sacar consecuencias de las mismas, permitiéndonos ir más allá de las respuestas espasmódicas y vacilantes frente a toda clase de coyunturas. Ni hablar de la posibilidad de que dichas prioridades se planteen como producto de un real proceso de consulta nacional, permitiendo incorporar un balance de las diferencias entre las diversas fuerzas del país que hagan factibles unas variaciones significativas de un gobierno a otro pero manteniendo alguna clase de continuidad que no sea la de la improvisación.

Si los mencionados problemas se exacerbaron en el curso del período presidencial pasado, y si el anterior Ministro de Relaciones Exteriores logró soportar incólume durante 5 años la más unánime batería de críticas producto de la más continua cadena de desaciertos —nos ahorramos la enumeración— que recuerde nuestra historia democrática, el triunfo del partido de oposición en las elecciones de diciembre abrió una expectativa razonable: era imposible hacerlo peor. Los hechos en estos tres primeros meses de gobierno, sin embargo, parecen poner en evidencia una tremenda ironía para los electores: es posible seguir haciéndolo al menos igualmente mal.

Piénsese si no en la falta de definiciones en materia de política centroamericana (presencia fantasma en Contadora, apoyo a la política norteamericana en el Salvador, reticencia a condenar el minado de los puertos nicaragüenses...) en la actitud innecesariamente ambigua frente a ciertas políticas de los EE.UU. claramente inconvenientes al país y que otras naciones absolutamente insospechables de antinorteamericanismo han condenado (alza en las tasas de interés), y en el incidente del "club de deudores", en el cual nuestro gobierno se negó a firmar un comunicado en los que figuraban Brasil, Argentina, Colombia y México, insistiendo en que Venezuela debe renegociar sola su deuda.

Aún es temprano para desarrollar una apreciación de conjunto y fundamentada sobre la política exterior de esta administración, si es que tal cosa existe. No faltan por desgracia augurios poco favorables. Cabe esperar que al menos la impermeabilidad respecto a la crítica oportuna y constructiva no sea otro de los rasgos de continuidad que parecen observarse entre el pasado y el presente quinquenio.